

Al filo de la revolución

Carmen GALINDO

En la década de los setentas, el principal fenómeno literario es el decidido compromiso de los escritores con la liberación de sus pueblos. El resto son fenómenos consecuentes: el exilio, la tortura, el asesinato. El compromiso alcanza, ya que de literatura iberoamericana voy a hablar, a los temas y las formas de los textos. Empezaré, para tratar de comprobar lo dicho, por un breve recuento de la manera en que los escritores de los setentas comprenden el compromiso literario. Empezaré, y sólo a modo de ejemplo, con el más célebre, y uno de los mejores, de América Latina: Gabriel García Márquez.

Al publicarse, en 1967, *Cien años de soledad*, García Márquez llega a un número de lectores que rebasa con mucho los que le podrían asegurar los mecanismos de la autopromoción o el amiguismo. Pero, al contrario de lo previsible, el autor colombiano no pone su influencia al servicio del individualismo, sino de la denuncia. Funda, ya en los setentas, una revista política: *Alternativa*, cuyo edificio habría de sufrir los estragos dinamiteros de la derecha. Los reportajes de García Márquez caucían la intervención de los Estados Unidos en la caída del Presidente Allende, narran las acciones del grupo guerrillero encabezado por el Comandante Cero en Nicaragua, defienden a Vietnam de una guerra de (des) información proveniente de los Estados Unidos o se preguntan qué es lo que piensa el pueblo en Portugal. Se niega a escribir ficción, mientras no caiga la dictadura chilena y el dinero de sus muchos premios va a parar a las manos de las organizaciones revolucionarias del continente. Junto con su vida, su obra se compromete y no sólo en los reportajes. *El otoño del Patriarca* relata el desmoronamiento de un dictador.

Este dejar de contemplar el mundo para dedicarse a transformarlo, lo ejemplifiqué en las líneas anteriores con García Márquez, pero muchos otros artistas han emprendido ese camino. A García Márquez, sin que esto signifique un menosprecio a su valentía, le sirve de cobertura su relevancia. Otros escritores, incluso a veces por su inexperiencia política, le sirven literalmente de tiro al blanco a la represión. Sin pretender agotar la lista, mencionaré, otra vez sólo válidos como ejemplos, algunos casos. La desaparición, la tortura y, tal vez, el asesinato, de Harold Conti. El secuestro y desaparición de Rodolfo Walsh, después de la repartición, que realizó personalmente, de una carta desafiante (y suicida), pero fiel a la atroz realidad, sobre el primer año de actividad de la Junta Militar Argentina. Roque Dalton es asesinado por un grupo pseudoizquierdista en El Salvador. Todo esto ocurrió en los setentas. Hay que destacar que los escritores no son los únicos y casi nunca los primeros en caer. En Argentina se dinamitan automóviles repletos de cadáveres; en Uruguay se exilia, casi, a un país.

Algunos escritores llegan a la política de refilón. Juan Carlos Onetti, como jurado de un concurso de cuento convocado por la revista *Marcha*, entrega el premio a Nelson Marra por "El guardaespaldas". Hasta un poco más allá de la mitad de 1979, que fue la última vez que leí una información sobre el caso, Nelson Marra continúa preso. Onetti está exiliado en España; Ruffinelli, jefe de la sección literaria, y Carlos Quijano, director de la revista, en México. (A riesgo

de que nos acusen de frívolos, a él por decirlo y a mí por citarlo, les diré que Mario Benedetti afirma que "lo único bueno de la dictadura uruguaya es la radicalización de Onetti").

Y con Jorge Ruffinelli —e insisto en que todos los hombres sirven como ejemplo y no son los únicos— puede ilustrarse el siguiente tema. Entre otras actividades literarias, Ruffinelli escribe *José Revueltas: ficción, política y verdad*. El libro se escribió en México, se editó en México y su tema es un escritor mexicano. De esta manera, a pesar de las lenguas reaccionarias y chauvinistas, México, Venezuela y España, principalmente, se han beneficiado con hombres y mujeres que, por ser los mejores, han sido expulsados de sus países. (Si existen vivales entre los recién llegados, más vale sufrir un engaño por exceso que cometer una injusticia por omisión).

Algunos escritores no salen de sus países. Algunos toman las armas. Ernesto Cardenal, en uno de los discursos más incendiarios que recuerdo (y me niego a emplear una palabra menor que incendiarios), reivindica el derecho de los cristianos a ejercer la violencia revolucionaria. Otros más, no cristianos, cambian la máquina de escribir por la metralleta, y esta vez no es metáfora. Leonel Rugama, poeta, cae en combate contra la dictadura somocista; Francisco Urondo, poeta y montonero, ante las balas de la junta de Videla. Los dos mueren en los setentas.

Estas corrientes emergentes en la literatura, no van solas. Las acompañan, debería decir las preceden, las luchas obreras, las campesinas, las estudiantiles. Que no se trata de un deseo demagógico de los artistas por comprometerse, y menos todavía de un voluntarismo, se comprueba con el triunfo de Nicaragua, con las casi insurrecciones en Bolivia y en El Salvador, con la batalla cotidiana de Panamá y Puerto Rico. En México, he escuchado decir a Carlos Pereyra que este es el milenio del socialismo y me he escuchado decir que tendremos un socialismo tardío y subordinado.

Y no ante, sino con esta realidad, ¿quién tiene tiempo para preocuparse por las listas de invitados al cocktail? ¿Quién se acuerda de autopublicarse o publicar su libro? ¿Quién quiere sacar la cabeza para servir de blanco fácil? Además, ¿a quién le importa ahora el espaldarazo de los siete exquisitos? Y las corrientes emergentes, marginales, no hegemónicas, o como gusten llamarlas, quieren llegar a las clases trabajadoras, pero, como dicen, he ahí el dilema, porque decirlo es más fácil que lograrlo. Después de años de despolitización de los artistas, las masas son, con frecuencia, desconocidas. Así, una vez que se encuentran las masas y el escritor ¿qué decirles? ¿cómo aprender unos de otros? ¿cómo darle continuidad al trabajo? ¿cómo no perder la amarra ni con el arte ni con la revolución?

Se experimenta, por ejemplo, con nuevas formas de distribución. A García Márquez, a Carpentier, a Cortázar se les edita en varios idiomas y en miles de ejemplares. Pero muchos jóvenes poetas ni siquiera piensan en ver sus poemas impresos. Para llegar a las masas analfabetas, más vale una guitarra y una voz que le diga al pueblo lo que hay que decir. Los poetas avisan de que el cambio está cerca y que las clases trabajadoras son el sujeto de ese cambio. Hablan,

también, de una nueva forma de amar y de vivir. Benedetti, poeta de renombre, se sorprende que los más de sus lectores (la mayoría estudiantes) no lo admiren por sus libros impresos, sino por una canción que dice: "Porque sos pueblo te quiero / y porque amor no es aureola / ni cándida moraleja / y porque somos pareja / que sabe que no está sola". Y menciona a Benedetti, pero a las mayorías les basta, durante la noche de las huelgas, con el compañero que le pone letra imprevista a música conocida o música imprevista a poemas conocidos. Y si a Benedetti le sorprende, otros poetas lo buscan. La poesía como en sus orígenes, vuelve a ser oral. Como fue, también, antes de que nos diéramos cuenta con Pete Seeger o Bob Dylan. Pero esta vez el compromiso es, a veces, a muerte. Víctor Jara, en el estadio de la ignominia en Chile, canta: "¡Qué espanto causa el rostro del fascismo!". Sus manos, que antes habían servido a la guitarra, han sido cortadas por la dictadura que asesinó a Allende, y el poeta muere desangrado. No murió solo, muchos, en esos días, murieron con él. Esto también ocurrió a principios de la década de los setentas.

Los entierros de los escritores se convierten en míticos. En 1973, en Chile, Pablo Neruda es despedido con estas palabras: "Camarada Pablo Neruda, presente". Su cortejo fúnebre está formado por una multitud amistosa y rodeado por tanques enemigos. Su biblioteca se destruye, sus obras se prohíben y las que se encuentran son quemadas, junto con las de otros autores, en piras que ensombrecen las calles de Santiago. También fue un mitin, el entierro de José Revueltas. En 1976, Roberto Escudero, líder del movimiento estudiantil y poeta, lo despide con una promesa: "Camarada José Revueltas, venceremos". Otro líder, esta vez del Partido Comunista, (y no me interesa discutir si tenían o no derecho) obliga al Secretario de Educación a retirarse y la actriz Selma Beraud deposita la bandera comunista sobre el féretro.

Y Revueltas sirve para ejemplificar que la literatura hegemónica se está cuarteando. Cuando Revueltas escribe *Los días terrenales* se vende un solo ejemplar y casi todas las obras restantes se editan por colectas entre los amigos y partidarios que encabeza su hija Andrea. En los setentas se convoca, oficialmente, a un concurso —Premio Nacional de Ensayo— sobre su obra. Una editorial reúne, y ha comenzado a publicar, sus obras completas, incluidas las políticas. Así, no sólo surgen escritores jóvenes, sino que se revalúan viejos escritores hostilizados por el sistema. El de Revueltas es uno de los casos más notables, no el único.

Este resquebrajamiento (o comienzo de resquebrajamiento) de la corriente literaria hegemónica acaba con su unidad. Antes, la unidad era indiscutible. "La mafia" en México, el "boom" en América Latina, la revista *Sur* en Argentina. Se unían los que se habían otorgado, a sí mismos, el título de los mejores. (Y todo mundo sabe que entre un producto bueno y el mejor sólo cambia la publicidad). Carlos Monsiváis (y también otros lo hicimos en su momento) se indigna por las declaraciones anticomunistas de Octavio Paz. La polémica divide a muchos, pero Monsiváis recibió un amplísimo apoyo, sobre todo de los universitarios. Todavía Paz es el hombre de letras más importante de México, pero, para mí, que este es el principio del fin.